

Silos, durante la francesada

I

Desde mi celda

No se trata de plagiar a Bécquer en sus célebres cartas del Moncayo, sino de extractar y dar vida a unas viejas Memorias silenses, de un manuscrito inédito, comenzado a redactar hace más de ciento cincuenta años, por el Benedictino Padre Baltasar y continuado por el Padre Domingo de Silos Moreno (1), héroe de casi todos los hechos que relataremos.

He coincidido en Santo Domingo de Silos con unos días excepcionalmente claros del solsticio de invierno, y, desde mi celda, he deseado dar actualidad a aquel relato,

Son las cuatro y media de la tarde y el sol se estaba ya poniendo detrás de las peñas de Cervera. Me asomé al balcón. Era también el día 17 de diciembre, las cuatro témporas de adviento y ayuno. En la placa de mármol sobre la puerta de mi celda, he leído una inscripción que dice: «Hanc ipsam cellv an venerabilis vir Fr. Domingo de Silos Moreno».

Fray Domingo de Silos Moreno, ocupaba en ese momento el puesto definidor de la Orden en el Convento de San Martín, en Madrid. El manuscrito hace alusión a un día parecido del año 1808. Era natural de Cañas (Rioja), como su antecesor de ochocientos años antes, el restaurador de esta Abadía de Silos.

Llegó dicho Padre, por el portillo o collado de Yecla sobre esa hora y día que he señalado. Era una tarde, también, despejada, y dice no había comido más que un poco de pan, no solamente por la escasez de provisio-

(1) El P. Justo Pérez de Urbel, en el tercer tomo de su obra «Semblanzas Benedictinas», recoge algunas notas sobre estos episodios que vamos a relatar, al hacer la semblanza del Padre Moreno, a quien llama héroe de la independencia. Fue, después, Obispo de Cádiz y constructor de su Catedral. Más que un héroe, en el sentido que a este sustantivo suele darse, yo creo que fue un hombre dotado de espíritu muy inteligente y que, llevado de su extraordinario amor al Santo de la Abadía, obró inspirado por una cautela y extraordinarias dotes de diplomacia, para lograr salvar el Monasterio de Santo Domingo de Silos.

nes en esos días de guerra, sino, también, por cumplir con el ayuno de las cuatro tēmporas.

La dificultad para ir a Silos aquel año estaba en atravesar el camino real, hoy carretera de Madrid a Irún. Había salido de Madrid unos días antes, más que huyendo de la invasión, guiado por un presentimiento de que su Monasterio corría peligro.

Emprendió el viaje el 4 de diciembre, segundo domingo de adviento. No tomó el camino directo de Somosierra, para venir a Silos, deseando evitar encuentros enojosos con destacamentos de soldados franceses. Iba acompañado de otro religioso, y decidieron acampar en un solitario lugar, a la derecha de El Escorial, no sin antes haberse reconfortado durante el trayecto con el vino que encontraron en una bodega abandonada, y haber asado un cabrito que lograron adquirir, y que deduzco lo cenaron en el paraje mismo donde actualmente está enclavado el Valle de los Caídos. El caso es que el viernes de aquella misma semana, dando aquel gran rodeo, llegaron a Gumiel del Mercado, en cuya posada no encontraron nada con qué alimentarse, porque unos días antes los franceses habían saqueado todo.

La Abadía de Silos tenía en aquella época varios prioratos y granjas. Quintana del Pidio era una de ellas, pero parece ser que habiendo sabido el Padre Moreno que aquella casa había sido requisada por los franceses, no quiso pasar por ella, no obstante su proximidad. Además, poseían la Granja de Guímara, conocida por Venta del Fraile. La Granja de Salinas de Añana, en Alava. Suyos eran el Priorato de San Frutos, en Sepúlveda; el de Román del Moroso, en Santander; el lejano de San Benito, de Sevilla, y otro en Huete (Cuenca). En sus proximidades, relataremos un luctuoso suceso propio de la barbarie de las guerras. En él fue víctima el Padre Pla, otro Benedictino de Silos que, creyendo huir de los franceses, cayó en manos de unos desalmados guerrilleros.

La dificultad para ir a Silos—nos dice así el manuscrito—estaba en atravesar el Camino Real. Una buena persona, y nos referimos al boticario de Gumiel del Mercado, acompañó a Fray Moreno, a pie, hasta que pasaron dicho camino por Oquillas, lugar que se hallaba lleno de caballos muertos. Pasaron sin ver soldados y continuaron a Silos por Pinilla Trasmonte y Ciruelos de Cervera. Cuando llegaron al Monasterio, como venía vestido de seglar, no le reconoció el entonces Padre Abad, Fernando Lienzo, que se hallaba en su cuarto de estudio.

Del priorato y bodega de Quintana, había embargado el vino Don Antonio Nogués, afrancesado corregidor de Aranda de Duero, puesto por el Gobierno de Bonaparte.

El vino debía ser imprescindible consumición para resistir en Silos el duro clima de esta tierra, porque, en relación con ello, el día de Santo

Tomás, tuvo el Padre Abad que acudir a Quintana, tomando el camino de Peñacoba, y allí ofrecer, a cambio del desembargo del vino, una importante cantidad de trigo que había en el Monasterio de Silos. Es verdad que el ofrecimiento fue ambiguo, pero aquel Corregidor, que en el fondo tenía simpatía por la Abadía, hizo un informe hábil. Esto permitió disponer del vino sin un oneroso cambio. Sin embargo, Don Antonio Nogués, para sus adentros avergonzado, había prestado juramento de fidelidad al Rey José Bonaparte.

A los españoles que cooperaban con Napoleón, se les llamaba, despectivamente, satélites de los franceses.

En octubre de 1807, empezaron a entrar tropas francesas, de paso para Portugal. En Silos no ocurrió novedad alguna, aparte de tener que contribuir con camas, pan y carnes, a las Juntas que lo pedían, como fue, principalmente, la de Lerma, la de Gumiel y la de Aranda. Los frailes procuraban sacar el mayor provecho posible, dando, a veces, algo de lo que exigían, y contestando otras, con cortesía, a los oficios que para este efecto les llegaban. Era indispensable (según las Autoridades), responder, para la buena armonía en que, al parecer, estaba el Gobierno de España con el de Francia, por aquel entonces. Este Monasterio—dice el manuscrito—debe a Dios y a la protección singular de nuestro Santo Abad perpetuo (se refiere a Santo Domingo de Silos) que la casa no solamente se conservase sin ejemplar en toda Castilla, en medio de tantos peligros de que se vió rodeada, tanto de franceses como de españoles, sino el haber sido asilo de muchos de nuestros hermanos.

Así sucedió en la noche del 13 de noviembre (poco antes de la llegada del Padre Moreno) que, por un rumor que se esparció de que venían los franceses, marcharon casi todos los monjes, tanto los conventuales como los huéspedes que había en él, y que no eran pocos, dirigiéndose unos, a Peñacoba y otros, a los montes. En los días siguientes, continuó la consternación, saliendo a dormir fuera de casa, a las tenadas y cerro de la Mora, donde concurrió casi todo el pueblo (2). La noche del 16, volvieron a alborotarse, porque se esparció la voz que venían dos mil franceses y que habían mandado disponer de otras tantas raciones, con cuyo motivo no quedó nadie en casa y se cerró el Monasterio, entregándose las llaves al Alcalde Don Juan Alameda. Por lo que pudiera ocurrir, se dejaron los bueyes en El Parral.

(2) El cerro de la Mora, debe ser el peñasco o meseta rocosa que llaman de Carazo, donde hubo un castillo, y un poco más abajo, una fuente que todavía se denomina de la Mora. El romancero, refiriéndose a la ocupación musulmana, dice: «Moros tenía Carazo en aquella sazón». Era a raíz de la batalla de Hacinas.

En esa misma noche, como a las ocho, llegaron el Padre Liciniano Sáez y el Padre Domingo Romano, que venían del Priorato del Duero, provincia de Valladolid, de resolver un espínoso asunto en pleito sobre deslinde de terrenos. Pasaron por la Granja de Guímara, por medio de los franceses, y habiendo llegado a la portería, acudió a los grandes golpes que daba, Sebastián Alonso, quien les indicó no quedaba nadie en casa, ni el cocinero, para darles de cenar. Mandaron tocar las campanas, queriendo dar a entender que los franceses no habían llegado, pero al oírlas los que estaban en las tenadas, creyeron todo lo contrario.

Al siguiente día regresaron algunos monjes, entre ellos el Padre García, hijo de Cardeña, y el Padre Sáez. Por la tarde, se cantaron Vísperas.

II

El crimen de Huete

Existía una tensión y una convicción del saqueo inmediato del Monasterio de Silos.

Nos retrotraemos ahora a bastantes días antes de la llegada del Padre Moreno, el 17 de diciembre, momento en que ha iniciado esta evocación histórica. El manuscrito hace un minucioso detalle del transporte, en una carreta, de la urna que contenía el cuerpo del Santo, hasta su escondite en casa del cura de Moncalvillo, donde la tábicaron, e igual precaución se tomó con muchos de los Códices.

Desde entonces se apoderó un pánico general hacia los franceses.

En efecto, el jueves 8 de diciembre de 1808, muy de mañana, corre de nuevo la voz de que llegan las tropas. Esto sólo bastó para que todos huyesen, aunque al Padre Pola, viejo y achacoso, se le aconsejó que se quedase; pero, no obstante, también salió acompañado de un mozo.

El episodio que vamos a relatar sucedió bastantes días después, en el trayecto de Madrid a Huete (Cuenca), donde el Padre Pola creyó estar mejor refugiado en aquel Priorato, que hemos dicho pertenecía a Silos.

Se dirigieron a un pueblo llamado Valdelpino, que dista unas leguas de Huete. Una partida de guerrilleros con quienes toparon, le tomaron por espía, traidor y francés, y hubo quien le insultaba llamándole Godoy. Observando aquel Padre el tumulto y voces que pedían le prendiesen a él y a su joven acompañante, rogó le dejasen salir del pueblo, pretendiendo atestiguar lo que realmente era con su hábito monacal. Le introdujeron en casa del cura, pidiendo aquéllos que le examinase para cerciorarse si decía verdad de que era sacerdote. Acaso por su temor o azoramiento, su pronunciación era un poco precipitada y confusa. Pensaran esos ignorantes

que hablaba con acento francés. Entonces el cura le dió a traducir estas palabras: «Sana me Domine et Sanabor; Salvum me fac et Salvus ero». Habiéndolo correctamente traducido, dijo el cura: El latín lo entiende bien, pero yo no sé lo que puede ser este hombre.

Había allí reunidos en esa partida de guerrilleros varios jefecillos, que el manuscrito llama alcaldes. Algunos muy jóvenes.

Ante el examen que acababa de hacer el Párroco, quedaron indecisos y, por fin, dejaron salir al Padre Pola y a su compañero, los que conscientes—por lo que se verá—del gran riesgo que estaban pasando, corrían con inexplicable energía, como alma que lleva el diablo.

Apenas habían andado poco camino cuando, enfurecidos los mozos, empezaron a gritar: ¡Hemos dejado escapar un traidor! ¡Mirar, mirar cómo ahora corre! ¡Y en el pueblo, el muy bandido, decía no podía andar!

Visto lo cual, salieron aquellos jóvenes guerrilleros, seguidos de algunos vecinos deseosos de turbias venganzas, hasta darles alcance, y después de llenarles de injurias y de golpes, les obligaron a volver al pueblo.

El infeliz monje, que veía aquellas gentes alborotadas, y que algunos, incluso, pedían a gritos que les matasen, suplicóles que le depositasen en casa del señor cura o en la Iglesia, y que, a su costa, se enviase alguien a Huete, para poder probar su identidad. Pero a todo se negó el Párroco. No quería, según dijo posteriormente, cuando hubo de defenderse de los cargos tan poco humanitarios que contra su proceder se hicieron, meter a nadie sospechoso en su casa, por temor a que se la quemasen los guerrilleros.

Habiendo aquel sacerdote rehusado al Padre Pola la más elemental hospitalidad, empezaron los murmullos de la gente entre sí, Pidió el Padre le dejasen comprar vino en la taberna. Sacó alguna moneda que llevaba, entre ellas algo de oro, y esto confirmó a aquellos agitadores de que se trataba de algún espía. Un Alcalde joven dijo algo al oído de uno de los guerrilleros. Era la sentencia de muerte por procedimiento del «paseo». Entre tanto, el joven acompañante, al que en unos momentos parece le habían olvidado, aprovechó para poner por su cuenta pies en polvorosa. Los alcaldes ordenaron, entonces, que cuatro mozos saliesen con el fraile hasta ponerle en el camino de Huete. El infeliz, como si presintiese lo que le iba a ocurrir, por los gestos que observaba en aquellos bárbaros, se resistió en salir, y, casi por fuerza, le sacaron. Al llegar a un lugar que llaman el Bardascal, como a un cuarto de legua del pueblo, dieron un silbido los dos guardianes que quedaron detrás, y entonces el más próximo pegó al Padre Pola tan fuerte empujón que le hizo caer más de seis varas de alto, de un sitio que era a propósito para ello, mientras exclamaba el desgraciado: «¡Válame Santa María!».

Estas palabras, que debían haber ablandado el corazón de aquellos tigres, fueron como la seña para empezar a tirar cantazos, que no solamente le mataron, sino que todo el pellejo de la cabeza le cayó sobre la cara, y se le saltaron los ojos con los cristales de los anteojos al incrustarse en ellos. Eran las cuatro de la tarde del día 8 de diciembre de 1808, día de la Concepción. Así acabó—dice el cronista silense—el que huyendo de los franceses fue martirizado por aquellos desalmados milicianos. Su brazo izquierdo—añade—quedó medio arrancado y el cuerpo partido en dos pedazos. Luego corrió la voz en el pueblo, de donde salieron muchos a verle y a ensañarse, tirándole, todavía, más cantazos, y regresando, después, alocados, cantando ¡Hemos matado a un traidor! Luego se divirtieron con el dinero que le habían robado, que no podía ser mucho.

El cadáver quedó allí desde el jueves, 8, hasta el domingo siguiente, en cuyo día, estando el Padre Fermín Lima, de San Benito de Huete, rezando Vísperas, se informó que habían matado un monje en Valdelepino.

Aquello quedó de momento impune. Era uno de tantos hechos que traen consigo las guerras, cuando se despierta en el hombre las lacras del cautiverio de su primera culpa, origen de la barbarie nativa, sin distinción, apenas, de pueblos ni de latitudes.

III

Semana Santa de 1809 - «Brigantes» y franceses

Se estaba celebrando la Semana Santa en Silos. Una mañana se presentó el cura de Villoviado, Don Jerónimo Merino, y un Beneficiado de Pineda de Trasmonte, con veinte hombres. Llevaban consigo dos maletones, conseguidos de un correo francés, y otro bulto, también destinado a un personaje de Vitoria, que estaba en Madrid entre los franceses, y que contenía salmón ahumado. Deseaban ver al Padre Martín Araújo, que habían conocido en la granja de Guímara. Aquellos hombres eran gente de los alrededores de Lerma. Pidieron armas, y el Padre Abad les consiguió dos pistolas, por lo que, en agradecimiento, le regalaron medio salmón.

Alguien hizo conocer al Padre Fulgencio Palomero que las intenciones de aquellos guerrilleros eran de matar al Cura de Moncalvillo y quemarle la casa. Como es sabido que allí se encontraba escondido el cuerpo del Santo, salió dicho Padre a suplicarles no hiciesen un atentado como

ese, a lo que contestaron que no tenían, precisamente, la idea de matar al Cura y sí, solamente, de quitarle un excelente caballo que poseía.

Es imprescindible advertir, para la comprensión del relato que sigue, que el Padre Moreno ignoraba en absoluto, y esto pudo explicar la serenidad de que dió muestras posteriormente, lo que había ocurrido en la visita de Merino al Monasterio con su grupo de milicianos, entre los que iba un espía del ejército de Napoleón. Los de la partida, le creyeron de buena fe desertor, y que se juntaba a ellos en San Pedro de Arlanza, donde los monjes les habían dado de comer. Aquel traidor se armaba un lío, que en este caso resultó providencial, cuando hubo de referirse, después, a uno u otro de ambos Monasterios.

Habían transcurrido quince días justos. Alguien llega presuroso a la Abadía y dice:

¡Pronto, que vienen los franceses!

No debemos huir—replica el Padre Moreno—, en contra de la opinión de Fray Lesmes Arconada, que estaba en el ajo y muy preocupado, conociendo lo que sucedió dos semanas antes.

Pocos minutos después, el Comandante llamó a la portería y el mismo Padre Moreno acudió a abrirle. Iba con otros dos Oficiales y un intérprete. Saludóles el fraile cortesmente. El intérprete, Isidoro Astúlez, tradujo:

Deseamos hospedarnos en esta casa. Vienen trescientos sesenta hombres, de los cuales unos sesenta son de caballería.

Pasen. Habrá alojamiento para todos y también cebada y cuadra para los ganados. Lo único de que carecemos, por cierto, es de carne y pan suficientes.

No importa. No será necesario, contestó el Comandante.

Estos Oficiales se apearon de sus caballos, mientras el resto de la tropa penetró en el gran patio del Convento. El mismo Padre Moreno les mostró los establos. Seguidamente, las tropas ocuparon los dormitorios de abajo, junto a las celdas de los Padres huídos de Cardeña. En seguida se dispuso poner centinelas en las puertas exteriores del Monasterio.

El Comandante convocó en la llamada cámara superior, una gran estancia donde se reunía la Comunidad, a los monjes, y cuando llegaron, les interrogó si estaban ya todos.

Sí, estamos todos, a excepción del Padre Abad, que a tenido que ir a Valladolid, a causa de un pleito. Tampoco ha subido el Padre Sáez, porque está muy enfermo y le hemos Viaticado.

Estimo mucho a los religiosos—manifestó gravemente el Comandante—, por lo que la misión que ahora me trae es mucho más penosa para mí, pero es el Gobernador de Burgos el que me ha ordenado cumplirla.

Agradezco sus sentimientos—contestó con aplomo el Padre Moreno—, pero ignoramos en absoluto de qué crimen se nos acusa.

No negarán Vdes. que los brigantes estuvieron aquí hace quince días y que les dieron de comer y les hospedaron.

Bueno ¡y qué!—contestó el Padre Moreno con entereza—. Es verdad que vinieron al pueblo y que aquí en el Monasterio pidieron chocolate para un enfermo que traían.

Insisto en que se sirvió de comer a los brigantes. Alguien que viene con nosotros puede atestiguarlo.

Pues enhorabuena, si dice la verdad. Veámoslo—insistió, ya altanero, Fray Moreno—.

Un tipo amarillento, mal trajeado con una especie de levita, se introdujo en la Cámara, y con una linterna en la mano fue pasando delante del corro que habían formado los monjes, a fin de reconocerlos. Un silencio expectante, unido a las sombras fantasmales proyectadas por el candil de aquel siniestro personaje, duró unos minutos.

Este es—dijo el de la levita— señalando al Padre García, hijo de Cardeña. Este es el que dió de comer a los brigantes.

Entonces el Padre Moreno habló con más tesón y arrogancia que nunca, asegurando que aquel personaje mentía, que todo aquello era una calumnia. Lo expuso con razones acaloradas y, saliendo gravemente del corro, abordó al Comandante, a quien mostró el cuello y le dijo:

Apuesto mi cabeza ahora mismo, que el Padre García es inocente.

El Comandante quedóse unos momentos como pensativo y silencioso. Pueden recogerse—les dijo después—, pero mañana muy temprano se presentarán aquí de nuevo. En cuanto al Padre García, si V. sale fiador... En fin, ya veremos.

Todos los frailes abandonaron la Cámara, en el estado de ánimo que se puede imaginar, y el Padre Moreno les recomendó se retirasen a sus celdas sin hacer ruido. Seguidamente comenzó a dar órdenes para servir la cena al Comandante y a los Oficiales, en aquella misma estancia. El intérprete prometió interceder en favor de la Comunidad.

Es difícil dar una idea del trabajo de aquella triste noche. Aun cuando los soldados no tenían órdenes de desmandarse, robaron lo que pudieron y se apoderaron, por lo pronto, de la cena de la Comunidad. Además, fue preciso quejarse a los oficiales, pues cuanto se subía a la Cámara por los legos, para servirles, era arrebatado por los soldados, en la escalera o en el claustro. Por fin, a más de media noche, se retiró el Padre Moreno a su habitación, rendido y sin haber probado bocado, pues todo se lo comieron los franceses.

A las cuatro de la mañana hubo de levantarse, obedeciendo las órde-

nes que les habían dado. A los Oficiales les sirvieron chocolate (3). La tropa solamente tomó del pillaje que pudieron hacer en la cocina. Ya reunidos, el Comandante les dijo:

Tengo órdenes del Gobernador de Burgos, de que deben entregar ustedes veinte mil reales. No es un castigo, es una contribución obligatoria; pero, además, necesito llevarme al Padre García.

No tenemos ese dinero, contestó rápido el Padre Moreno; en cuanto al Padre García, le ruego tenga piedad de un viejo achacoso. Les prometo que me presentaré yo por él personalmente al señor Gobernador de Burgos, cuando V. disponga, y así responderé de ambas cosas.

De acuerdo. El próximo domingo le espero en Burgos.

Ordenaron, al tiempo de salir, se juntasen todas las caballerías y bueyes del pueblo en la plaza. Escogieron algunos bueyes y machos, que se llevaron y mandaron tasar, para repartir la carga equitativamente entre todos los vecinos. Seguidamente, emprendieron la marcha. Eran las diez de la mañana.

Escogieron, además, una de las tres mulas magníficas que había en el Convento, para el Comandante. Se la llevaron con algunas mantas de Palencia, todo lo cual figura anotado en un libro de cuentas que se guarda en el archivo y en el borrador del mes de mayo de 1809.

No fue pequeño el gozo con que respiró la Comunidad cuando salieron los franceses. Lástima que aquel día no se pudo poner olla, por lo que para comer se las arreglaron como pudieron, con lo que buenamente se improvisó.

Se descerrajaron las puertas de la Iglesia y se cantaron las Horas.

Al domingo siguiente, según se había prometido, se presentó en Burgos el Padre Moreno con el Padre Benito Guerrero, y fueron en busca del Comandante. Este les recibió con agrado y les acompañó a casa del Gobernador General, Thibaut, (4) a quien trataron de convencer los monjes que no era cierto hubiesen dado de comer a los «brigantes».

Debió de quedar convencido el Gobernador, pero les insistió que era necesario pagasen los veinte mil reales que les habían fijado como contribución.

Tras no poca insistencia y diplomacia por parte de Fray Moreno, se

(3) En el archivo encontré el libro borrador diario de cuentas de 1808, y en el mes de abril hay sentada una partida de 201 reales, 26 maravedís, correspondiente al chocolate y comida de los franceses. Al margen de la anotación dice: «Huéspedes». Subí a la cámara para el gasto de estos huéspedes 21 libras de chocolate al precio de diez menos cuartillo».

(4) La lectura atenta del relato deja suponer que aquel Oficial quedó encantado e impresionado de ese singular ambiente de Santo Domingo de Silos, y más del P. Domico Moreno

consiguió que lo redujesen a quince mil reales, pero como el fraile sólo trajo cinco mil en prevención, el resto tuvo que adelantarle el Arzobispo de Burgos, tras no pocas gestiones y discusiones.

Entregada la suma, se presentaron nuevamente al General. Este se creyó, hablando con mucha seriedad, en el deber de exhortar a aquellos religiosos a que predicasen sentimientos de amor, de tranquilidad y de orden. Como decimos todavía hoy, para aquellos armados invasores, la paz era lo que principalmente pregonaban. ¡Cómo estas ironías se repiten en la historia de todos los dominadores!

Seguidamente se permitió a los dos monjes que volviesen a Silos, pero antes de partir, el Comandante, que había echado el ojo a las dos bien alimentadas mulas que llevaban, se las pidió muy cortesmente, diciéndoles que, a cambio, les iban a entregar otras mejores. Con mucho sentimiento se las cedieron, y recibieron otras dos mulas viejas y hartas de andar, que ni a palos pudieron ser sacadas de Burgos.

Se dieron gracias a Dios, de haber salvado al Monasterio. Las penalidades sufridas y la contribución, fueron pequeñas, en comparación de lo que pudo haber sucedido y sucedió en otros cenobios. Se comentó después cómo aquel tipo mal trajeado, de la levita, era el espía que, un día antes, denunciara en Fontioso a unos jóvenes que estuvieron alistados en la guerrilla de Don Jerónimo Merino, y que, cansados de aquella vida dura, volvieron enfermos al hogar de sus padres, donde se les detuvo para ahorcarlos enseguida públicamente, porque el espía que se decía desertor, les había acusado. Al Padre García le confundieron con el Padre Juan Martín, de San Pedro de Arlanza. En efecto, era un tipo gordo y bajito, como aquél.

IV

Fray Melitón, el renegado

Hablo en este episodio sin haber comprendido toda su trascendencia en el caso. Es curioso.

Habían pasado por Silos en la Cuaresma última, unos treinta franceses, que venían de la Sierra para hacer requisas. Perteneían a la guarnición de Lerma. Los Oficiales, comieron en el Convento y los soldados, en el pueblo. El que los mandaba, iba acompañado de una mujer, que era sobrina de Fray Melitón, con quien aquel militar, dicen, sostenía relaciones.

El intérprete, Isidro Astúrez, el mismo que estuvo aquella noche con los trescientos sesenta franceses y que prometió ayudaría a la Comunidad, es el que fue con el soplo de esta anomalía, escribiendo una carta al Padre Prior, en la que le decía que el organista debía andar en algún trapiceo o

celestineo con el Comandante francés de Lerma, por lo que se había depuesto a éste, y cree dicho intérprete que pudo haberse evitado la expedición al Monasterio.

Algo inconfesable se deduce debía tener esa carta (no se explica más este detalle en el manuscrito, y no quiere hacer historia), cuando se dice que el espíritu del escrito de Fray Melitón causó sensación en las Autoridades, faltando a la verdad, y sus expresiones eran nada dignas de un monje.

Esta carta—afirma el cronista silense—no dejó de consternarnos y ponernos en cuidado. Se contestó con todo esmero, haciendo ver quién era el sujeto y la poca consideración que podía merecer sus dichos, a la que replicó el intérprete Astúrez, manifestando había colmado la cosa, pero que estaría a la mira de cualquier novedad que hubiere. Esta carta fue escrita el día 29 de abril de 1809. El Padre Abad llamó aparte a Fray Melitón, para reconvenirle muy seriamente, pero sin causarle ninguna vejación.

A la noche del día siguiente a la reprimenda que recibió el organista, aguardó inquieto en su celda el toque de silencio, después del rezo de las completas. Provisto de un cordel, que dejó abandonado, se descolgó por el balcón que llaman de los Conejos, que da sobre una cerca, la que saltó, y, a través de los montes, emprendió, bajo la luz de la luna, el viaje hasta Lerma. Antes de salir, dejó escrita una carta, manifestando que cuando la recibiera el Padre Abad, él estaría ya a salvo. Insistía en que no había motivo, verdaderamente serio, para encontrarse en esa situación un poco calumniosa, pues la carta no contenía otra cosa de lo que sus superiores ya conocían, pero que, dados los malos anuncios que se le prometían, se resolvió a tomar aquella decisión. Por otro lado—añadía en el mismo escrito—no me considero ligado a la Orden, por haber sido nula mi profesión, por causa de haber estado de novicio trescientos sesenta y cinco días y una hora, cuando en realidad es preciso estar los mismos días más seis horas. Yo impediré—seguía diciendo—la ruina que se cierne sobre el Monasterio. También envió otra carta desde Lerma, a su prima Petra Casús, con una posdata en la que pedía la ropa que había dejado en el Convento, y que de no recibirla para el domingo siguiente, enviaría unos soldados franceses a buscarla.

Se recogió dicha ropa y se le devolvió con una repulsa, dando a conocer que Fray Melitón había llegado al Monasterio sin nada, y que cuanto tenía se lo había proporcionado éste, y supuesto que aseguraba no estar profeso, a nada tenía derecho, pero que, no obstante, en acto de generosidad, se lo cedían.

El manuscrito, que, a veces, sigue minuciosamente la biografía de

cada monje, dice que ignora el tiempo que estuvo el organista en Lerma, al servicio de los franceses; pero después se congratula, con cierto aire paternal y benévolo hacia el renegado. Esto se escribe en una carta que lleva fecha de abril del año 1815, por la que se sabe que aquel hijo desviado de la Orden fue luego un buen patriota. Cambiando de bando, luchó contra los franceses; fue hecho prisionero en la toma de Ciudad Rodrigo y enviado a Francia durante tres años, al cabo de los cuales regresó y embarcó para la ciudad de Lima, donde se pierde su pista.

V

El Cura Merino y las cabras de las ánimas

El 8 de julio de este año de 1809, salieron de Mamolar doscientos franceses de caballería e infantería, capitaneados por el Comandante de Aranda, que llaman el Romo, que era un individuo de basrante mala fama, los cuales durmieron aquella noche en dicho pueblo de Mamolar, de regreso de Salas de los Infantes. Llevaban varios carros cargados de trigo.

Habiéndolo sabido el Cura Merino, dispuso su tropa, que no estaba muy distante de la villa, para atacarles.

Como esa partida de guerrilleros estaba aún en sus comienzos, era cosa pintoresca de ver a unos, sin tusal; a otros, a caballo y sin sillas ni estribos, y de forma parecida, los demás.

A las nueve de la mañana comenzaron a pasar por Silos, en tropel, dejando uno, las mochilas en la botica; otros, su hatillo en la panadería, y tomando el que no tenía armas, algún cuchillo, algún palo u otro artefacto de escasa importancia bélica. Muchos paisanos les siguieron con algazara por el camino de Peñacoba. Los frailes quedaron en el Monasterio, temiendo por el resultado que podía esperarse de gentes sin orden ni disciplina.

Los espías advirtieron el paso de los franceses por el monte que llaman de Talamanquilla. Es aquel un lugar muy solitario, donde hay una ermita próxima al camino de Espinosa de Cervera, en lo más espeso de un monte de enebros. Allí se rinde culto a una Virgen muy visitada por los labriegos de los pueblos de Doña Santos y los Araúzos.

Luego que los del Cura Merino, agazapados, avistaron en cierto sitio diez y ocho hombres de la avanzada del grupo enemigo, les acometieron, aislándoles rápidamente y aniquilándoles. Con una hábil maniobra, despidieron a los demás, mediante un tiroteo en dirección contraria a la retirada de la guerrilla, la que, inmediatamente, sin presentar combate, quedó diluída entre las quebradas del monte.

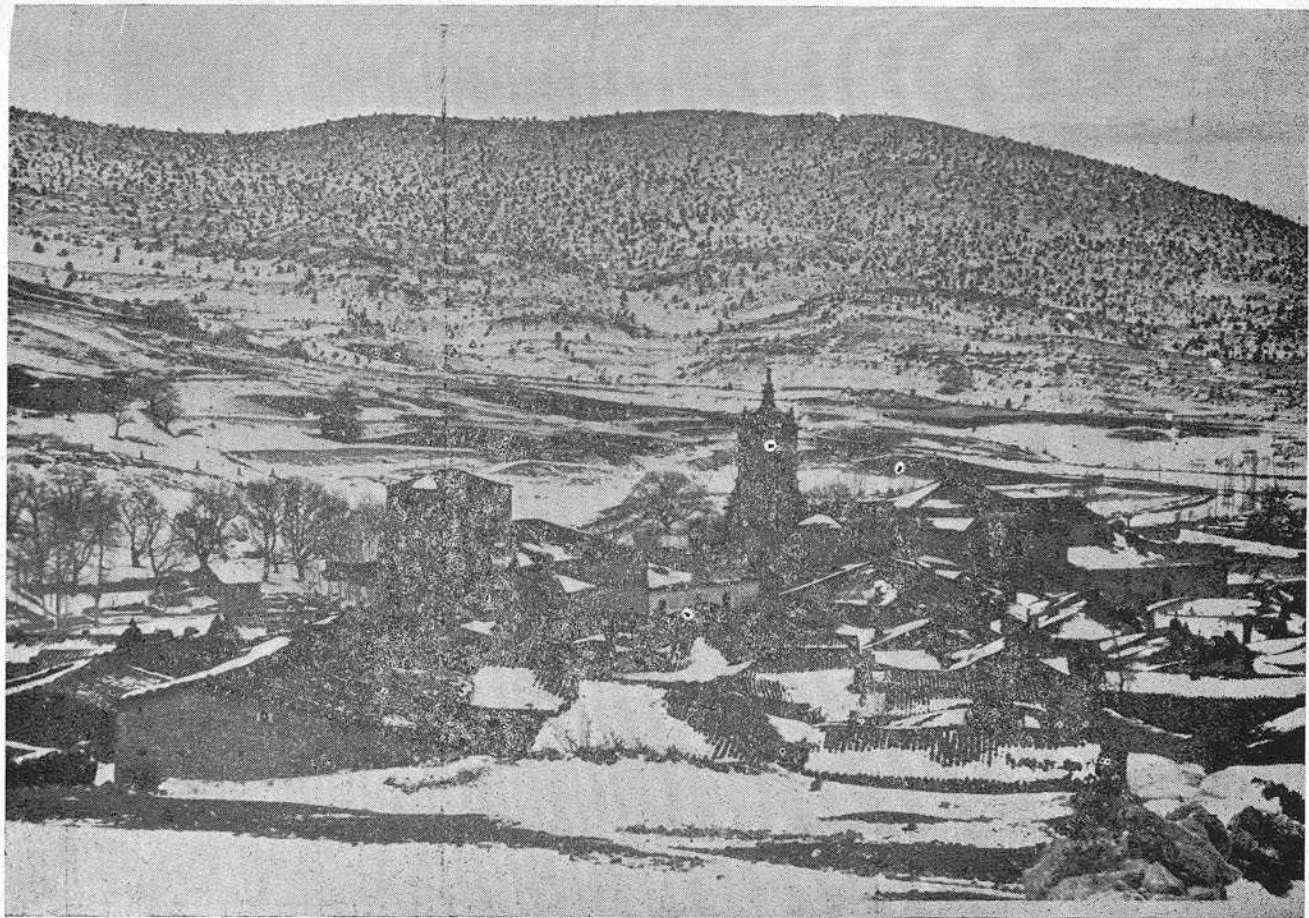
Sin embargo, Don Jerónimo Merino no se llegó a enterar hasta muy tarde del acto magistral de la guerrilla, que él mismo había concebido, y pensó en un desastre. En efecto, todo estuvo a punto de perderse por una falsa maniobra del Padre Juan Martín, monje de Arlanza, el cual se hallaba emboscado con su escopeta próximo a aquel lugar, con su grupo de guerrilleros. Esta fue la causa por la que se vió al Cura Merino entrar cabizbajó en Silos hacia las tres de la tarde, hasta que se enteró, con el consiguiente júbilo, que habían matado a diez y ocho franceses, y que se habían apoderado, además, de los carros que aquellos requisaron en los pueblos, cargados de grano.

Por aquel tiempo, se instaló la Junta Provincial en Salas, y, según dicen, no tenían gran cosa que hacer. Estaba al frente de ella el Marqués de Barrio Lucio. El indómito y algo anárquico Cura Merino, no se sujetaba a ella; y hay quien dice, despreciativamente, la dió espalda, introduciéndose en los pinares de Urbión y en la Sierra de Cameros.

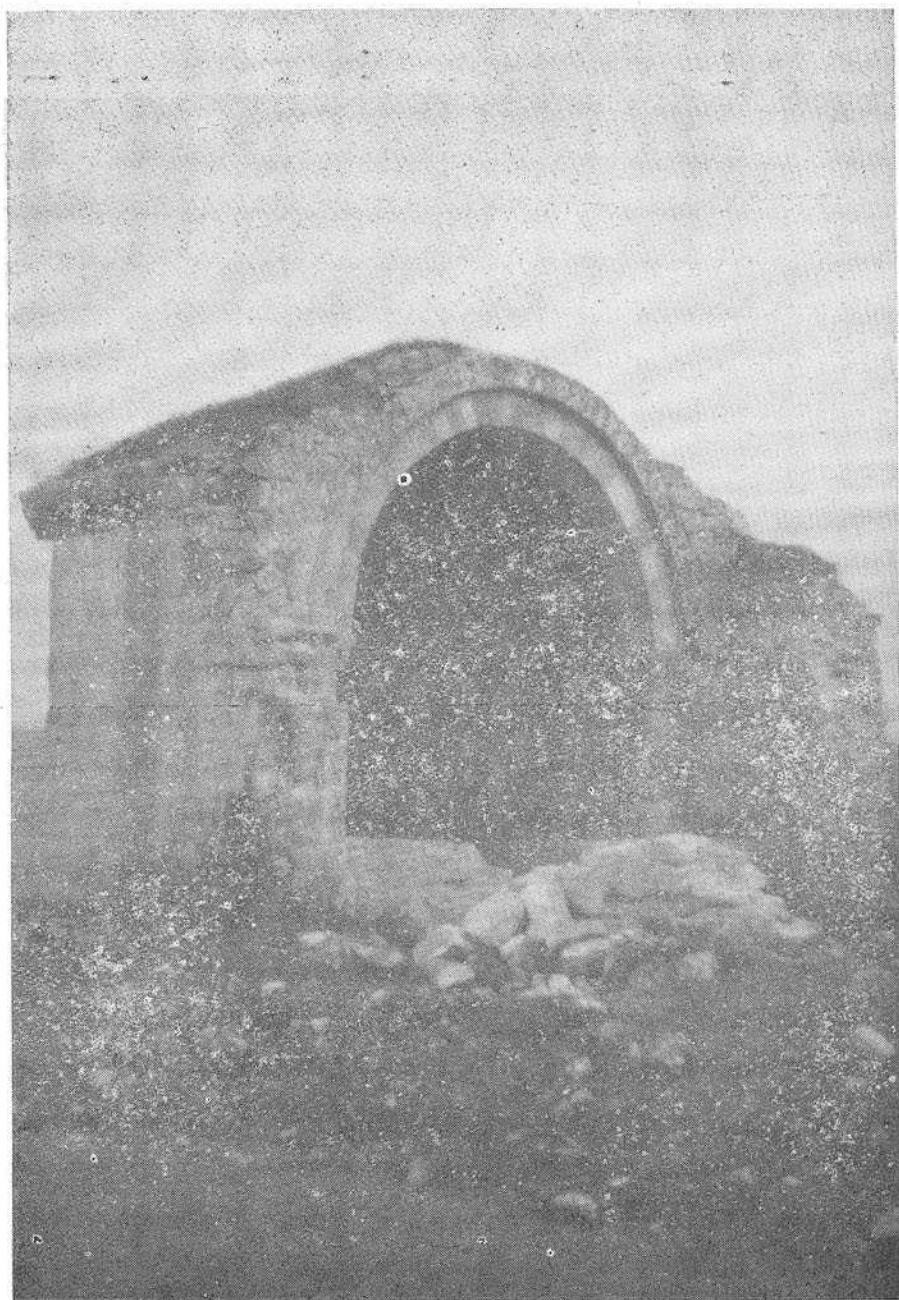
Apesar de todo, se deslizaban días relativamente tranquilos para la Abadía de Silos. Los monjes vivían en comunidad, cuando el intruso Rey José, en su famoso decreto del 18 de agosto de 1809, decidió extinguir las Ordenes Religiosas existentes en todos los dominios de España:

El Padre Abad se informó del decreto estando en el Priorato de Quintana del Pidio, con el Padre Mayordomo. Como en el pueblo no se habían percatado todavía de aquella injusta ley, se apresuraron ambos monjes a cobrar los diezmos, sin que se observase resistencia ni discusión alguna. Pero temiendo que el grano que habían percibido no se pudiese conservar sin exponerse a un robo, tanto de parte de los brigantes como de los empecinados, que así se llamaban las partidas de guerrilleros de Castrillo del Duero, más temidas que los mismos franceses, se determinó que cada contribuyente se quedase con un diezmo, a un precio bajo, el cual fue de veinte reales, la fanega de trigo; doce, la de cebada, y ocho, la de avena. De esta forma y con este pequeño sacrificio, se salvaron dichos diezmos y rentas.

El 5 de septiembre, visto lo insostenible de aquella situación, el Padre Moreno expuso a la Comunidad la situación crítica en que se hallaban y la precisión de dispersarse, para dar cumplimiento a la ley. Seguidamente, con su ademán a la vez elocuente y grave, exigió bajo juramento a los Padres allí presentes, se guardase el sigilo debido a una estratagema, muy justamente defensiva, que se había ideado tomar, después de consultarlo con el Abad, para salvar lo valioso del Monasterio, hasta tanto que se expulsase, como era de esperar, a aquel Rey intruso, impuesto por Bonaparte. El Padre Abad había estado en Roa, días antes y pudo percatarse, no sin dolor, de la trascendencia del decreto de disolución de las



Santo Domingo de Silos y su monte en un día invernal.



Itinerario de Silos a Burgos.—Ruinas de la ermita de Hontoria de la Cantera.

Ordenes Religiosas. De su cumplimiento se hacía responsable a los Prelados.

Idea feliz... ¡Y si fingiésemos un robo hecho por los brigantes del Cura Merino! Bien planeado, todos cándidamente lo aceptarán sin sospecha, pues comenzaban ya a ser muy famosas las racias casi cotidianas de aquel Cura guerrillero.

Se acordó convocar a Don Jerónimo, mediante su confidente en el pueblo, un hombre que se llamaba Eustaquio.

Se presentó el día 7 de septiembre y, minuciosamente, se planeó el simulacro de saqueo.

Al siguiente día vino toda la tropa y cercó el Monasterio, y se ocuparon sus puertas y se hizo muy bien todo aquello que se había planeado al efecto. Las alhajas que estaban ocultas se llevaron públicamente al cuarto de estudio de la cámara. Cuando las vió Don Jerónimo, dijo que nada tomaría de verdad. no sin contener meritoriamente sus instintos de hombre de guerra. Ordenó se guardasen bien y en lugar perfectamente seguro, mientras se acondicionaban unos cajones con cosas sin valor, para ser cargados en los carros, rellenándolos, incluso, con la gualdrapa vieja de la mula que se llevaron el primer día los franceses. Al ver salir las carretas, decían algunos en el pueblo: ¡Quién poseyera lo que va ahí!

Partieron las tropas de guerrilleros escoltando los carros. El Cura Merino ordenó, también, dentro de la comedia que se estaba haciendo, que se veía obligado a llevarse al Padre Abad. El Padre Moreno, por su parte, suplicaba angustiosamente que le dejasen. Todo esto se llevaba a cabo delante de un público que, emocionado y atónito, daba un sello de más auténtica veracidad al episodio.

Cuando llegó la comitiva a una espesura rocosa del monte, despidió el Cura Merino a las tropas y a los paisanos que conducían los carros y quedóse a solas con el Abad, para ultimar el negocio.

Pero Don Jerónimo Merino y Cob no era hombre, y menos en esas duras circunstancias, de hacer nada desinteresadamente, por lo que, sin más testigos que aquellas peñas y el susurro del agua que atraviesa la hoz que baja de Carazo, habló al Abad casi de la misma forma que a mí me recuerda el diálogo expuesto en los sabrosos versos de Gonzalo de Berceo, entre el Rey Don García de Navarra y el Santo fundador de Silos, cuando, ochocientos años antes, era Abad de San Millán de la Cogolla:

«De tus tesoros quiero que me dieres pitanza».

Dos duros por cada soldado del Cura. Aquello era entonces una cantidad importantísima, pero como no había dinero, y eso sí que era de verdad, el Abad ofreció de mala gana ciento sesenta y tres cabezas de ga-

ñado cabrío y veintitrés de lanar, pertenecientes al Convento y a las ánimas. De esta forma, exagerando el porcentaje de las cabras que pertenecían a la Cofradía de las Ánimas (5), y sin duda por cierto respeto que el alma de los fieles difuntos infundía todavía al Cura, los benedictinos pudieron salvar no pocas cabezas de ganado para ir subsistiendo. Lo que no se pudo evitar es que se llevasen ocho cerdos, que el Cura Merino vendió en Covarrubias.

El día 10 entró muy cabizbajo el Padre Abad, en Silos, y se resolvió que no debieran quedarse más los monjes en Comunidad. No se les podía dar de comer, pues no quedaba gran cosa, y los brigantes, de lo poco que había, no se cansaban de pedir a cada momento.

Se convino que los monjes se colocasen en los curatos de las tres aldeas; en Santibáñez y en Doña Santos, donde con los diezmos podrían sustentarse. Así se ejecutó, pero todavía los brigantes, que se apercibieron, como es natural, que tanto ganado no pertenecía a las ánimas, vinieron de nuevo para llevarse los carneros.

El Padre Moreno recomendó al Abad que no se quedase en el Monasterio haciendo las veces de Párroco, para el manejo de lo que pudiera ocurrir. Como Prelado que era y por el mismo espíritu del decreto, se vería obligado a lidiar con los franceses.

De la venta de los objetos viejos se obtuvo 5.663 reales y ocho maravedís. El Padre Benito Guerrero pasó a la Granja de Guímara, para dar un recibo completo de los diezmos, y por contra-recibo, lo mismo que se había hecho en Quintana, se quedó cada colono con lo suyo a precio bajo. Lo de valor se puso a salvo, en manos de personas fidelísimas al Monasterio, como fueron unas lavanderas, hijas de un buen amigo de la casa. No se desatendió a los tres monjes de Cardeña. El Padre García se quedó en Silos y los otros dos, en Peñacobá. Los que permanecieron en el Monasterio comían en mesa redonda, porque así se gastaba menos. Se temía que los brigantes o los franceses arrebatasen las palomas, que eran muchas en aquella época del año, por lo que se procuró disminuir su número matando en una noche gran porción y escabechándolas, para comer algunos días.

A poco del aparente saqueo, se presentaron los brigantes. Estos

(5) Los bienes de las Cofradías de Ánimas eran muy corrientes por estas tierras de Castilla. Con sus rentas se aseguraban sufragios por las almas de los fieles difuntos cofrades, consistentes en toda clase de frutos, especialmente de granos y vinos. Recientemente he tenido ocasión de descubrir en el archivo parroquial de Quintanilla de la Mata, unos documentos muy interesantes relativos a un proceso contra el administrador de la Cofradía, porque llenó su cuba con vino de la cuba de las ánimas, y después trató de despistar la sus-tracción echando la culpa a los franceses.

dieron un mal rato, especialmente al Padre Moreno. Mataron o se llevaron las gallinas del Santo. Estas aves eran descendientes directas de las de un célebre milagro que Santo Domingo de Silos realizó con un cautivo, al que había sacado de tierra de moros, y que habiendo sido metido en un arca, encima de la cual dormía su amo el moro, una noche, cuando efectivamente estaba aquel musulmán en pleno sueño, fueron transportados en el arca por los aires, moro y cautivo y, dentro de la misma, una gallina y un gallo. Sin duda por especial protección del Santo, cuando los brigantes se llevaron todas las gallinas, se encontró todavía en un rincón del claustro un gallo y una pollita joven que, trasladados a Santibáñez del Val, seguirían conservando la casta que recordara aquel prodigio.

Preguntaron los brigantes por el Padre Moreno y éste se presentó en la panadería, en el cuarto donde estaba el cedazo, y trató de convencerles diciendo que todo cuanto se había llevado a cabo tenía la aprobación del Cura Merino. Otros de esos guerrilleros afirmaron que el Padre Abad era un traidor y que estaba confabulado con los franceses. Por fortuna, en lo más acalorado de la discusión, hizo servir el Padre Moreno unas copas de un excelente vino y se les pudo convencer de esta forma.

Resulta enternecedora la actuación de Fray Moreno, defendiendo, como lo hiciera un honrado padre de familia, la vida del Monasterio, la sustentación de sus monjes y de sus hermanos, huéspedes acogidos en él, de otras Ordenes. ¡Qué realidad tangible la existencia de esa familia espiritual de religiosos!

Durante este reposo de tres días de invierno en una celda, apenas me ha dado tiempo, después de muchas horas de trabajo, de revisar esta primera parte en los documentos manuscritos del archivo, referentes a la Guerra de la Independencia. A la vez he vivido intensamente su contenido. Hay algo en Silos que hace revivir el pasado remoto con una actualidad sorprendente.

Alguien invisible, pero presente, diríamos, nos contempla en esta casa, amable e irónico, mientras consultamos libros y reflexionamos acerca de la dura realidad de la historia. A mí me observó leyendo, escéptico, pensativo, ante ese desarrollo que se repite siempre trágico e igualmente violento, en la vida de los pueblos, frente al cual la existencia no tiene, aparentemente, otro sentido que el de una trama novelesca o el de una escena de teatro.

No te preocupes, no pienses demasiado—me dijo aquel ser invisible—, nada puede ni merece la pena de atemorizarnos, fuera de la mirada de Dios, que juzga el alma. Así se lo dije, hace casi un milenio, al Rey de Navarra, en mi Monasterio de San Millán. Sin temor, atravesé después la Sierra y llegué a este valle, donde soy Abad perpetuo.

Cuando, después de muchos siglos, llegasè un día en que este Monasterio abandonado se vió en pocos años a punto de desaparecer, los mismos descendientes de aquellos invasores, tan temidos en el relato del manuscrito que estamos comentando, lo reconstruyeron con amor y fue posible el renacer vigoroso que actualmente conserva. Eso era de por sí un milagro.

Me he asomado otra vez al balcón de la celda, para ver caer el sol de los días más cortos del año, detrás del Cabezo de Tejada. Se contemplaba allí una quietud solemne, que diríamos siguiese a un eco transcendental que, viniendo de un más allá, cruzó ese valle pedregoso. Era, en efecto, una voz consoladora, porque sentí que toda preocupación se liberaba. No en vano el hombre es un prisionero de algo que haciéndonos temer, pensar y dudar, nos encadena siempre al misterio de la primera culpa. Pero Santo Domingo de Silos, cuya urna que guarda sus restos está rodeada de cadenas rotas, tiene fama de redimir cautiverios.

VI

Mi segunda visita.—El inventario

He llegado otra tarde del mes de enero a Santo Domingo de Silos, dirigiéndome a la celda que ya me tenían reservada, la misma que tuve el mes anterior. Recogí los manuscritos del archivo y me puse a trabajar.

Vivíamos—dice el Padre Moreno—temiendo viniese el decreto de supresión de las Ordenes Religiosas, para notificárnoslo oficialmente, mas como los brigantes interceptaban todas las órdenes y providencias de los franceses, no llegó por entonces ese momento, pero nos preocupó un propio que nos envió el boticario de Gumiel del Mercado, Don Ramón Pérez, quien nos comunicaba habían estado allí los franceses, a quienes acompañaba Don Antonio Nogués, y nos prevenía que no habrían de tardar en pasarse por aquí para llevarse la botica y demás efectos del Monasterio, por lo que era conveniente ir tomando determinaciones.

Se hallaba en Aranda, a la sazón, Don Fernando de Castro, natural de Silos. Había ido a pasar unos días con una hermana suya, casada con Don Antonio Sampayo. Sabedor del apuro en que se encontraba el Monasterio con los pocos monjes que quedaban, y encargado del Padre Moreno y aleccionado por él, con esa diplomacia que le caracterizaba, le procuró una entrevista con el Corregidor y con el Administrador de aquella villa que, como afrancesados, podían conseguir mucho de las autoridades militares.

El día 20 de octubre de 1809, Sampayo dirigió al Padre Moreno una carta, que decía así:

«Mi estimado Padre: Mi cuñado informará a V. con detalle de todos los pasos que nos ha sido necesario dar, por ver de ahorrar sufrimientos a ese pueblo y al Monasterio. Creo tenemos conseguido el plan que V. se había propuesto. Sólo resta que se pase V. por Aranda, para que reciba instrucciones de cómo se han de hacer los inventarios. No tenga reparo. El Administrador y el Corregidor nos aseguran su protección y todo cuanto favor permitan las circunstancias para su Monasterio y para el pueblo. Yo he hecho lo más que me ha sido posible en estos casos, por estar convencido de que obraba cristianamente, que de otra forma me hubiera abstenido. Reciba V. mis afectos y los de Mariquita y toda la familia, y mande cuanto guste. Firmado, Antonio Sampayo».

Decidióse el Padre Moreno a marchar a Aranda, acompañado del Padre Palomero. Era necesario evitar a toda costa que volviesen los franceses y estorbar que el Alcalde del pueblo y el Cura Párroco de San Pedro interviniesen, como mandaba el decreto, en los inventarios que se habían de hacer.

Don Fernando Castro tuvo en otro tiempo una grave enfermedad, y estando en peligro de muerte, le había confesado el Padre Moreno. Por este motivo, desde entonces se mostró propicio a los intereses del Monasterio, desviándose de lo tradicional en la familia, en aquella rivalidad entre los monjes del Convento y los Curas beneficiados de la parroquia de San Pedro. Don Fernando consiguió, también, traer a la Causa a su hermano José, que entonces estaba de Notario en Burgo de Osma, cargo que le había proporcionado un ilustre señor llamado Garnica. Sirvió a la Causa patriótica durante la invasión, perteneciendo a la Junta Provincial de Guadalajara. Posteriormente, al terminar la guerra, defendió la supresión en Silos de la parroquia de San Pedro.

Llegaron a Aranda vestidos de paisano. Acompañados de Don Fernando y de la hermana de éste, D.^a Mariquita, que les hospedó en su casa y se deshizo en atenciones, hasta que se presentaron ante el Corregidor.

El Padre Moreno, con ese arte que tenía para exponer y defender los asuntos, les hizo ver el carácter pacífico de la Comunidad de Silos y su buena disposición a obedecer y ejecutar las órdenes del Gobierno, si bien éstas, como dijimos, no les habían llegado oficialmente, sin duda—añadió en el discurso—por haber sido interceptados todos los correos por los brigantes que infectaban estas sierras. Les hizo un sombrío cuadro de la ferocidad de los guerrilleros, para desanimarles expresamente a que los franceses se expusiesen volviendo a Silos, y mucho más con el ánimo de

conducir objetos preciosos que, con facilidad, podían caer en sus manos.

Escuchóle con atención el Corregidor. Después dijo:

—Las órdenes del Gobierno han de cumplirse de grado o por fuerza. Los Conventos deben suprimirse, como está mandado. Luego, tras un silencio, añadió:

—Estoy dispuesto a aprobar cualquier procedimiento que se juzgue menos ruidoso y con el mínimo de daños, siempre y cuando se cumpla la ley.

—De acuerdo—dijo el Padre Moreno—. Puesto que la orden del Rey José manda que un Cura párroco del lugar intervenga en los inventarios, y yo ahora soy también párroco, podría encargarme Vucencia de ese negocio con Don Fernando, como persona que es honrada y de distinción. Nos acompañará el escribano y evitaremos que intervengan los Alcaldes, personas ignorantes y rudas que, con sus pocas luces, no harían nada de provecho. ¡Ah! Se me olvidaba decirle, señor Corregidor, y esto se lo expongo con franqueza, no vaya a ser que luego se me tilde de delito. Por las circunstancias que V. no ignora, me veré obligado a dar conocimiento de este paso a Don Jerónimo Merino, pues en estas sierras él es como un Rey. Si no lo explico así mi vida corre peligro. Me matarán los guerrilleros como colaboracionista de los franceses.

El Corregidor hizo un gesto de disgusto. ¡Cómo no iba a disgustarle oír hablar en sus propias narices y con temor del Cura Merino!

Entiéndaselas como pueda. Que le vamos a hacer. Lo principal es que el inventario se haga bien.

En el despacho del Administrador, se cumplimentaron las formalidades necesarias para comisionar legalmente a Fray Moreno y a Don Fernando, del inventario que se comenzaría a hacer en el Convento. Aquel Administrador era Don Antonio Nogués, el mismo que unos meses antes había embargado la bodega del Priorato de Quintana del Pidío. Le recibió muy bien, y antes de que se marcharan les dijo, humorísticamente, que no pusiesen en el inventario sino trastos viejos, y así cuantos menos hiciesen constar, más se llevarían los franceses, porque éstos solían hacer todo lo contrario.

No con poca satisfacción, y a pesar del peligro de la ruta, recorrieron las ocho leguas que, por el camino de Baños de Valdearados, les separaban de casa. Todo quedaba en sus manos. ¡No era poco el conseguir que ya no interviniese en el inventario ni el alcalde Matías Martín, alias el Matorras, ni el Cura de San Pedro! Este ya se jactaba de que era él el que tenía que inventariar el Monasterio. Al llegar al Convento, no fue menos la satisfacción.

Seguidamente, se buscó al confidente del Cura Merino, explicándole

que la actuación llevada a cabo en Aranda no era contraria a la Patria, sino todo lo contrario. ¿Pues qué provecho sacaría España de la pérdida de este Monasterio y de su botica, en la cual ya no se podrían servir los soldados de la guerrilla? Por otro lado, Merino con sus tropas no podían evitar que viniesen los franceses, si traían fuerzas suficientes, cuando les diese la gana.

De esta forma quedó convencido el Cura guerrillero, ante el recto fin de la estratagema urdida por el Padre Moreno para engañar a los mandarines del Gobierno intruso, y prometió no interceptar la labor.

Les costó bastante convencer a los Padres del Convento de San Francisco, de que ellos se beneficiarían también de este inventario. Solamente quedaban en aquel Convento tres frailes, pero tenían cierta desconfianza de que solamente los de Santo Domingo dirigiesen el negocio.

El día 5 de noviembre—dice el Padre Moreno—comunicamos y nos dimos por comunicados oficialmente del decreto de supresión de las Ordenes y, en su virtud, se cesó en los ejercicios de comunidad, tales como los de coro, aunque continuamos en la casa lo mismo que antes. Hasta esa fecha, se pusieron las cuentas en el borrador del Monasterio, si bien después, el Padre Mayordomo las siguió llevando en pliegos sueltos.

Por esos días llegó un fraile del Monasterio riojano de Santa María de Nájera, que ya había sido saqueado y exclaustroado totalmente. Atravesó la Peña de Carazo para llegar a Silos, y se extrañó de que todavía se conservasen religiosos en este lugar. Le recibieron y le atendieron solícitamente.

Era el predicador Padre Gamazo. No vino mal su presencia en este Monasterio, pues por una coincidencia providencial se le encargó, poco después, se ocupara del Priorato de Quintana del Pidio.

Procuramos—sigue diciendo el Padre Moreno—no vestir los hábitos de monjes. Había en este lugar muchos que deseaban con ansia que nos fuésemos. Sin embargo, las solemnidades de ciertos días festivos las seguíamos celebrando en la iglesia como de costumbre. El Padre Gamazo predicó la novena del Santo. También empezamos a trabajar en el inventario para que no pudiesen decir los maliciosos que no se hacía nada.

Por fin, los monjes de San Francisco se fueron dando cuenta de la utilidad que para ellos suponía la estratagema urdida por el Padre Moreno. Se empezó, precisamente, por el inventario de dicho Convento, haciendo valer todo ello no más de doscientos reales. Recogidas las llaves, se dió licencia a Fray Columano para que pudiese vivir allí, tomando en arriendo del Gobierno francés, del cual el Padre Moreno figuraba como mandatario, la huerta y el soto. Así se salvó esa casa. El lego guardián y arrendatario, vivía en un pequeño edificio inmediato, e hizo correr la voz de que las llaves ya se habían entregado a la Justicia del Pueblo. Las pequeñas o

grandes dificultades que fue teniendo Fray Columano, se las procuraba solucionar el Padre Moreno.

Apenas terminado ese inventario de San Francisco, se comenzó con el de Santo Domingo. Bien poco quedaba allí, puesto que todo lo que tenía algún valor ya se había retirado, en el simulacro que relatamos en el capítulo anterior. Sin embargo, algo quedó todavía en la biblioteca que mereciese la pena de salvarse. No tuvieron aquellos hombres que pensar poco, para dar la sensación de que se trabajaba mucho. Apartaron los libros de valor y embargaron muchos papelotes que hacían bulto y que no contenían otra cosa que sermones largos e insulsos. También inventariaron libros de Teología Escolástica. De estos embargos con sus listas, se mandaban, muy seriamente, oficios al Administrador de Aranda, para convenirle que se trabajaba con el mayor entusiasmo.

Entre tanto, el Cura de San Pedro les miraba con malos ojos y entrecejo desconfiado, dispuesto a no prestarles el menor apoyo. No podía disimular ni su saña, ni su rabia, y a punto estuvo de estropearlo todo el Alcalde, que hemos dicho era entonces el tío Matorras.

Por aquellos días, Nogués, el Administrador de Aranda, recibió también dos cartas; una, anónima, en la que se le amenazaba como traidor, por la comisión que había dado a Don Fernando y al Padre Moreno. A punto estuvo de mandar al recadista por las escaleras abajo.

La otra carta, venía por conducto de Sampayo y la había escrito nada menos que el Beneficiado de San Pedro, el Cura Domingo López, que también le conocían por el apodo del Santo Negro. El clérigo protestaba de que las órdenes del Rey, y se refería, claro es, al Rey intruso, eran que el inventario debía hacerlo él, Cura secular, y no el fraile a quien habían comisionado, por lo que se consideraba menospreciado, privándole de ese derecho.

El Administrador Nogués, se apresuró a quemar esta carta inmediatamente.

A mediados de diciembre, decidió el Padre Moreno ir a Burgos. Su intención era tratar de percibir unas pensiones que, según la ley, se habían prometido a los regulares disueltos; pero perdió el tiempo, pues aquellas autoridades afrancesadas eran tan embusteras como el Rey José. Lo peor fue que estando en Burgos se informó, casi por azar, de que querían deponer al Administrador de Aranda. ¿Llegaron noticias hasta el Gobernador de esas sospechas concernientes al inventario? De todas formas, algo anormal ocurría, y esta remoción no le hacía maldita la gracia al fraile de Silos.

Con la habitual actividad y decisión de este Padre, dispuso en seguida que fuese Don Fernando a Aranda. Partió sigilosamente una noche,

por el camino de Peñacoba, para poner en guardia al Administrador. Este supo muy bien defenderse y continuó en el cargo, que sirvió no poco a los planes que dirigía el Padre Moreno.

Por mi parte también, al terminar de redactar este capítulo del inventario, había inventariado sobre mis cuartillas los documentos del manuscrito y un borrador de cuentas de aquel tiempo, que se guardaba en el archivo y que fui poniendo cuidadosamente sobre la mesa de mi celda. En esas cuentas se hablaba de cera, de mieles, de aceites, de legumbres y de paños de estameña.

Dentro de la celda había un ambiente agradable, por estar caldeada con discreción. Tenía apetito. Eran las ocho de la noche y tocó la campana para bajar al Refectorio. Para llegar al comedor se pasa por el claustro. En él hacía un frío enorme. Ahora caían copos de nieve, que iban cuajando sobre una ligera capa helada del estanque. Casi dos meses al año permanece este estanque sombrío, circundado por las galerías de capiteles y arcos románicos que le ocultan el sol.

Cené una sopa, especialmente sencilla pero muy rica, que sólo en Silos saben hacer; unas legumbres y una manzana exquisita.

Eran los mismos manjares que ví en las cuentas de hace siglo y medio. Había un arcaísmo y una verdad sabrosa de producto local, que la industria aquí todavía no ha multiplicado, ni transformado. Yo me sentía muy contento. Siempre me encuentro muy a gusto en Silos. Pensé que esa noche, por lo menos, no me interrumpirían ni los guerrilleros de Merino, ni los franceses de Burgos. Gocemos de esta paz interior—me dije—. Inventariemos bien este oasis de silencio bienhechor, que hoy, por una gracia especial, nos otorga la Providencia. El curso de los hechos no se puede detener, y quién sabe si mañana no mereceremos que otras gentes u otras preocupaciones nos invadan nuevamente, ¿No pensaría esto muchas noches el Padre Moreno?

Después de las Completas, antes de dormir, dí, muy abrigado, unas vueltas por el claustro. Concentrándome, conseguí hablar con los fantasmales personajes de esta historia silense, que mañana continuaría transcribiendo.

VII

El arriendo del Priorato

Por favor especial del Administrador atrancesado, se había permitido al Padre Seguirín vivir al cuidado de la casa de Quintana del Pidio, donde se instaló al regreso de una temporada larga en la casa de Aldea de D.^a Santos.

Se habían fijado edictos para vender ese Priorato y sus viñas, cuando, en aquellos días, sobrevino al Padre Seguín una mortal enfermedad. Viéndose en las últimas, consiguió pasar un aviso a Silos. Entonces, el Padre Moreno envió al predicador Gamazo que, como dijimos, había llegado de Nájera, para que atendiese al moribundo. Era la Noche Vieja del año 1809, cuando, ya muy avanzada la tarde, salió dicho Padre camino de Quintana, por el portillo de la Yecla, quedándose a dormir en Hortezuolos. Había sido muy instruido por el Padre Moreno y llevaba, además, una carta para el Administrador Nogués, sobre lo que habría de hacerse al fallecimiento del Padre Seguín. No era poco sacrificio el de Gamazo, el decidirse a emprender la marcha durante una noche crudísima de nieves y oscura como la boca del lobo.

Al siguiente día llegaba a Quintana del Pidío. El Padre Seguín ya se encontraba de cuerpo presente. Por la tarde, le enterraron con solemnidad.

Aquel Padre había olvidado de hacer testamento. Sin embargo, no faltó quien se lo advirtiese; pero fiel a la Regla de la Orden, contestó que era religioso y que no podía disponer de bienes que no le pertenecían individualmente.

La Justicia y Ayuntamiento se presentaron a hacer el inventario.

Esperen—dijo el Padre Gamazo—, necesito ir unas horas a Aranda para pedir consejo a Don Antonio Nogués, y así lo hizo.

Le leyó la carta del Padre Moreno, quien ya había captado la voluntad y simpatías del Administrador.

No podemos evitar el inventario, dijo Don Antonio al Fraile, pero, por de pronto, le autorizo a V. para que siga viviendo en la Casa del Priorato. Ahora—añadió—vamos en busca de un escribano.

Llegado el escribano, le hizo una seña al Padre Gamazo, sobornándolo con unas monedas, que le dejaron más blando que una cera. En realidad, poco había allí personal de aquel pobre difunto. Cuando huyó por primera vez a la Casa de D.^a Santos, consiguió retirar mil ducados y ropas, ayudándole en esta tarea el cirujano de la villa, Don José Abadía, que fue siempre muy amante de Silos. Este mismo señor condujo al Padre Gamazo a su Casa (como es natural, todo eso se llevaba en el mayor secreto), y en un rincón del corral desenterraron 5.133 reales, que ahora pertenecían a este Priorato y que él se había encargado de ocultarlos.

Concluido felizmente este negocio, queda lo peor, y esto era de cómo se había de conservar en arriendo el Priorato y sus viñas, pues legalmente dicho arrendamiento había de salir a pública subasta, y obrar a cara descubierta suponía grandes dificultades y no pocos gastos, imposibles de sufragar por unos frailes perseguidos.

Por otro lado, abandonar Quintana del Pidío era duro, porque el vino

de sus viñas supondría, cuando los tiempos se normalizasen, es decir, acabada la guerra, un gran recurso para el Monasterio de Silos.

A todo esto, llegó allí el Padre Moreno, y convencido de que el Padre Gamazo no le importaba quedarse en Quintana al frente de aquella bodega, se alegró un poco.

Como de aquello, legalmente, perdieron la propiedad, había que ofrecer alguna cantidad en arriendo y evitar la subasta. Esto pudo llevarse a cabo gracias a los buenos oficios del escribano, quien, un poco por simpatía hacia los frailes y otro poco por el interés de las monedas que le habían dado, supo hábilmente intimidar a los demás pretendientes del pueblo, diciéndoles que era enorme la cifra que el Padre predicador había ofrecido, cuando en realidad solamente era un tercio de lo que valoraron como mínimo los peritos.

De esta forma se remató en favor del Padre Gamazo, sin encontrar otros impedimentos. Como fiador de la escritura que había de otorgarse, se pensó en un amigo que los frailes tenían en Aranda y que se llamaba Tomás Mestre. Este señor era timorato y no quiso, por lo que después pudiera suceder, que su nombre figurase en escritura pública. El Padre Moreno tuvo entonces que emplear toda su elocuencia hasta convencerle.

Ante el Administrador, el escribano, el fiador y el fraile, se firmó la escritura. De momento se salvaba aquella hacienda, el futuro sólo Dios lo sabía.

Era necesario, de todas formas, emplear algún dinero para labrar las viñas, para pagar lo estipulado por el arriendo y para mantener al Padre Gamazo, que tan gentilmente se había prestado a servir a Silos.

Se encontraron algunas fanegas de centeno escapadas del inventario, y con el dinero que se salvó, enterrado en casa del cirujano del pueblo, salieron del paso felizmente en aquella situación crítica.

Sin embargo, la labor del Padre predicador no fue fácil en Quintana. Había envidiosos y gentes que sospechaban la estratagema y no pocos a quienes las nuevas ideas revolucionarias importadas por los franceses hacían mella, produciéndoles cierta lucha interior con el sentimiento de patriotismo. Pero el Padre Moreno supo muy bien elegir aquel otro fraile que, dotado de la dialéctica de un buen predicador, consiguió ir captando se la voluntad y el afecto entre los convecinos de Quintana.

La cosecha de vino del año 1810 fue cortísima, por lo que, no habiendo cubierto los gastos, surgieron todavía nuevas dificultades en ese calvario por el que estaba pasando la Comunidad Silense.

Para colmo de males, una noche de comienzos del otoño, los brigantes, pistola en mano, escalaron la habitación del Padre Gamazo, cuando éste se hallaba acostado. Todavía, no repuesto del susto, sólo le permi-

tieron ponerse los calzones, exigiéndole las llaves de todas las dependencias, bajo amenaza de muerte.

No me queda dinero—les dijo—. Acabo de hacer la vendimia y he tenido que emplearlo todo.

A empellones e insultos soeces le sacaron al campo, no con muy buenos propósitos. Menos mal que el Padre se sintió nuevamente inspirado en su oratoria para poder escapar de aquella banda, que al fin le permitieron volver al pueblo.

No quedaron en esto las dificultades, pues el célebre Cura de San Pedro, envidioso siempre y admirado cómo el Padre Moreno había conseguido también salvar el Priorato, estuvo a punto de ocasionar un serio disgusto, valiéndose de un amigo que tenía en la Junta Patriótica de la provincia, pero el predicador soslayó con habilidad maestra esta nueva denuncia y consiguió que la Junta confirmase todo cuanto se había hecho.

Mientras tanto, y apenas terminado el trato con los patriotas de la Junta, no era tampoco fácil maquinar cómo había de arreglárselas con los afrancesados, ya que cualquier paso se conocía en el pueblo y no faltaban delatores que, solapadamente, estropeasen todo. Pero el Padre Camazo había buscado contestación para justificarse, si la dificultad surgía. El Padre Moreno, por su lado, dirigía esta difícilísima situación con maestría diplomática, sosteniéndose muy bien entre dos corrientes de agua. ¡Y qué gentes difíciles, válgame el cielo—decía el fraile—, eran aquellos hombres de la ribera, para lidiar con ellos en época de tamaña confusión!

Hemos encontrado un informe de aquella milagrosa administración. «Cuando las hostilidades tocaron a su fin, se consiguió de esa manera salvar el Priorato con sus viñas, sus cubas y lagares comprendidos, si bien no se sacasen grandes utilidades de la finca, como hubiera podido rendir en época normal». El Capítulo hizo entonces un homenaje al Padre Gamazo y le nombró Predicador Mayor.

Mientras el Padre Moreno, ayudado de Don Fernando, seguían ocupados preparando un índice falso de la biblioteca, el verdadero índice que había se ocultó. El Padre Palomero se ocupó de hacer el inventario de la botica y tasarla, pero para esto último era preciso que lo firmasen dos boticarios, prestándose a ello los de Covarrubias y Caleruega. No sabemos por qué se había negado, previamente, el de Barbadillo del Mercado. También hubo que poner edictos, por si algún otro boticario quisiese acudir a la subasta para el arrendamiento de la botica, y lo mismo sucedió con la huerta y el molino. Estos últimos, había ya alguien en el pueblo que acarició la idea de quedarse con ellos, pero el Administrador, que, como dijimos, estaba ganado a la causa del Padre Moreno, les disuadió hábilmente, y no quedó otro postor que el Padre Fulgencio Palomero, el

que ofreció mil seiscientos ochenta reales por todo, calculando a un rendimiento del tres por ciento, más seis fanegas de trigo por el molino. Se regularizó la escritura y firmó como fiador un tal Angel, vecino de Carazo.

Entonces aprovechó también el Padre Moreno para pedir permiso, con el fin de residir en el Monasterio el Padre Iñigo Pérez, el Padre Plácido Gallego y Fray Esteban Mozo, que era lego. Obtuvo este permiso del Corregidor, consiguiendo, además, un oficio para que el Alcalde les ayudase, cuidando del parral y haciendo responsable a los que en esa finca ocasionasen daños. Al regresar de Aranda el Padre Moreno, tuvo un percance en su caballería, la cual no tenía estribos porque todos estos efectos se hallaban requisados. Cayó al suelo de espalda, sin que, por fortuna, las heridas que sufrió tuviesen consecuencias.

VIII

Una orgía en el Convento

En un estado bastante sosegado se vivía en el Convento, aparentemente y oficialmente exclaustrado, cuando, por sorpresa, el día 26 de enero de 1811 se presentó en la villa una columna de franceses.

A la puerta de la muralla que llaman de Barbáscones, salieron a recibirlos el Padre Moreno y Don Fernando, que tuvieron noticia estando en la botica.

Se dirigieron a la plaza. Con ellos iba un español llamado Varela, que le decían el Comisionado, y le buscaban hospedaje en casa de D.^a Escolástica García. Era aquel un hombre feo, atravesado y bilioso y tan bruto que ni siquiera sabía leer. Vestía levita con gran sombrero de copa, que, al entrar en el saloncito de la casa de aquella señora, dejó sobre la mesa, vuelto hacia arriba, mientras salía por un momento a la plaza, ya ocupada toda ella por los franceses.

Dos Fernando de Castro, que era muy observador, se apercibió que en la badana del sombrero había oculto un papel. Lo tomó rápidamente entre sus manos. Era nada menos que un oficio del Juez Policía de Burgos, con un salvoconducto para que pasase con la tropa a Silos, a detener a dos personas. Asombrado se quedó Don Fernando de que los detenidos habían de ser el Padre Moreno y Don Santiago Hortigüela, Cura Párroco de Contreras.

No dudó Don Fernando un instante. Hay que dar aviso inmediatamente al Cura de Contreras, para que huya.

Conocía una persona de confianza que vivía junto al molino, pero

como estaban rodeados de franceses, con órdenes de que nadie se moviese, no le permitieron salir.

Por fin, un oficial francés que parecía más comprensivo, accedió a lo solicitado, y de esta forma se pudo salvar el Cura Don Santiago, por el recado que recibió del «Corre liebres», que así se llamaba de mote el hombre que salió en su busca, en dirección al monte de Contreras.

Mientras tanto, el comisionado, acercándose al Padre Moreno, le dijo: Queda V. arrestado. Le condujeron a casa de la Viuda de Septiém, en donde se había instalado el Comandante. Se le encerró en un cuarto y se le puso una guardia de Dragones con sable desenvainado. En esta situación estuvo hasta después del mediodía.

Prisionero entre la tropa, fue conducido a Contreras, sin que él supiese con qué objeto. No había desayunado ni comido, pues aun cuando le dieron alguna vitualla en casa del cirujano Zorrilla, cuando llegó a Contreras sólo le quedaba un poco de pan. Todo se lo arrebataban los franceses. También a Don Fernando le hicieron que les acompañase a dicho pueblo. Desde que le vió el comisionado Varela, advirtió en él un hombre demasiado despejado y un tanto sospechoso, y juzgó que no debía alejarle de su lado.

Con tal rigor y desconsideración trataron al Padre Moreno, que se descompuso éste moral y físicamente. Al llegar al pueblo pidió le permitiesen entrar en un corral para evacuar una necesidad, a lo que accedieron, pero con centinelas a la vista.

En seguida se supo el objeto de la visita a Contreras. Este no era otro que el de recoger las alhajas del Convento de San Francisco, que, efectivamente, salvándolas del inventario simulado, se habían escondido en casa del Cura de aquella localidad, pero no donde él vivía, sino en otro edificio destartado que no se habitaba y que se hallaba casi en estado de ruina.

Cuando el comisionado Varela solicitó, en tono autoritario, que sacasen esas joyas; la criada del Cura se echó a llorar amargamente. No se atrevía a articular palabra.

Pronto —insistió Varela, al ama—siga callando y la fusilaremos aquí mismo.

Se encontraron los baúles que contenía lo que de valor poseía el convento de los Franciscanos. Como no hallasen caballerías para el transporte, obligaron a cargárselo sobre sus hombros a los vecinos del pueblo que encontraron. Incluso el Padre Moredo, tuvo que llevar unas maletas. Se hallaba éste agotado al llegar a Silos y ser de nuevo encerrado en casa de la Viuda de Septiém. Pidió a esta señora le hiciese, por favor, una jícara de chocolate. Para pasar la noche, le trasladaron a casa de D.^a Escolástica.

Una fuga se le había facilitado, inesperadamente, por la dueña de la

casa, pues existía una puerta falsa que daba acceso a un corral; pero el Padre Moreno, seguro de su diplomacia, prefirió luchar con las armas de su palabra, a correr el riesgo, tan incierto, de salir huyendo, y las consecuencias que para el Monasterio eso tendría.

En el Monasterio, aquella noche apenas hubo novedad. Un médico militar se presentó en la botica y se puso a recetar, hasta casi esquilmarla, pues no contentó solamente de las pócimas, jarabes, yerbas y libras de chocolate, sino que hizo al Padre Fulgencio le sirviése, también, unas monedas de plata bien pesadas, ¡Qué duda cabe—dijo humorísticamente al fraile—que el dinero alivia no pocos males!

Apenas salió la tropa que llevaba prisionero al Padre Moreno, cuando entraron los de otra columna, los cuales dispusieron su alojamiento en el Convento.

Como casi todas las dependencias estaban cerradas y guardadas las llaves, para dar sensación de que no se habitaban, violentaron todas las puertas. Apenas se habían alojado, cuando todavía llegó otra columna. Esta se dirigió al granero, pero también hubo que romper las puertas. No es fácil describir lo que allí pasó esa tristísima noche. Tanta tropa, no podía por menos de causar daños.

El Padre Iñigo, se escondió en la botica cuando se presentaron los primeros soldados. El Padre Gallego y el hermano lego, consiguieron escapar por la puerta de la iglesia. Solamente quedó el boticario. Padre Fulgencio, y Tomás Carazo, su primo, que hacía de mancebo de la botica, así como un pobre cojo, al que, por compasión, mantenían los frailes en la casa.

El Padre Iñigo procuró, atravesando algunos corredores, llegar sigilosamente hasta la mayordomía, amparándose en la oscuridad de esos pasillos. Unos soldados, borrachos, se apercibieron, le sujetaron fuertemente y con amenazas, le hicieron bajarse los calzonas y quedarse así, desnudo de medio cuerpo para abajo, prorrumpiendo aquella soldadesca en burlas e improperios.

Cada soldado pillaba lo que podía. Unos, cantaban; otros, gritaban; otros, vomitaban por el suelo una pasta oscura de vino y legumbres. En esto surgió un Oficial, hombre joven pero serio y preocupado. Acababa de presenciar en la sacristía un espectáculo terrible: la profanación de la momia del beato Rodrigo. Era aquella un cuerpo conservado después de muchos siglos, con una perfección extraña. La soldadesca la sacó de la urna, la pusieron en el suelo y regaron la boca de la calavera con una bota de vino. Todo eso era grotesco, macabro y trágico, a la vez. Se iluminaban con los cirios de los altares. El Oficial quedó sobrecogido; un escalofrío le invadió, y desenvainando el sable hizo que colocasen al difunto nuevamente en su caja, y logró imponer el orden a sablazos, hiriendo, inclu-

so, a alguno de aquellos individuos. Pudo moderarles a todos, apresando a otro soldado que llevaba un talego con botín, que trataba de ocultarle. Atemorizado, soltó el objeto delante del Oficial y, a juzgar por los gestos de arrepentimiento y solicitud de perdón, hay que pensar que hubiese sido bastante fuerte su castigo.

Mientras tanto, violentaron la celda del Padre Moreno. En ella encontraron treinta mil reales, procedentes del dinero que el Padre Gamazo había traído del Priorato de Quintana. El Mayordomo dijo, días después, que no se acordaba de ese dinero, pues de otra forma lo hubiera ocultado enterrándolo como él solía acostumbrar. Al Padre Palomero le despojaron de un buen puñado de ducados. Menos mal que se salvó parte de la botica, porque habían alojado allí a uno de los Comandantes. También violentaron la puerta del Noviciado. Este lugar estaba a cargo del Padre Gallego, que, por fortuna, no se encontraba aquel día, por haber ido a Carazo a informarse de la Epacta del Obispado de Osma, pero le robaron mil quinientos reales que allí guardaba en un bote de hojalata, metido entre el carbón de leña.

Mataron un cochino cebado, que se compró aquellos días; pero lo peor fue que toparon con bastantes pellejos llenos de buen vino de Aragón, que se guarda en la bodega. Esto agravó la situación, emborrachando a los soldados. En la biblioteca sólo se llevaron papeles inútiles, que podían servir, a lo sumo, para envolver meriendas, pues, por fortuna, todo se había puesto a salvo. Para calentarse, quemaron sillas, esteras y todas las maderas sueltas que encontraron. Forzaron la puerta del archivo que, a juzgar por sus defensas, bien creyeron que iban a encontrar allí un tesoro; pero como nada hallaron, en desprecio se ensuciaron en el suelo, dejando varias plastas inmundas.

Un ruido infernal, una bacanal de orgía demoníaca reinaba dentro de la casa. Fue noche de juicio final, con temblor de puertas derrumbadas, de hogueras por doquier, que por un verdadero milagro no llegaron a incendiar el Convento. Profanaron, también, la Cámara Santa, pues se encontraba el suelo regado de vino. En la iglesia, se llevaron el paño negro del catafalco de difuntos y los pendientes y la pulsera de la Virgen, que se saca en procesión, a la que, previamente, profanaron, rasgándola el vestido y quitándola la gargantilla. Se llevaron, por último, dos cálices buenos que allí habían quedado; uno de ellos, se cambió por el de Santibáñez, por si esto ocurría, ya que dicho cáliz era de menor valor. Bien es verdad que, meses después, el Padre Moreno pudo rescatar ambos, en Lerma, por una onza de oro. Para evitar una profanación del Santísimo Sacramento, el Padre Gallego había conseguido consumir las Formas.

La bondad y benevolencia nativa del Padre Moreno, que deseaba en

todos los hechos encontrar una explicación a la maldad, viniese de donde viniese, dijo que todo había sido culpa de ese maldito vino de Calatayud, y que si bien no necesitaban los franceses estar borrachos, precisamente, para cometer tropelías, el vino que, por coincidencia especial, había en abundancia, tanto en el Convento como en el pueblo, fue el causante principal de estos atentados.

El 27 de enero, salieron para Covarrubias, y los otros, para Lerma. Un francés, embriagado, se cayó del caballo, rompiéndose una pierna. Esto retrasó la salida, y como carecían de material sanitario, hubo que improvisar una especie de camilla con las andas donde se transportan a los muertos, y obligar a algunos del pueblo cargasen con el herido. Así salió aquella pintoresca comitiva camino de Santibáñez.

(Continuará)

PROSPERO GARCIA GALLARDO

(Continuará)